

La cotización del Manchester en la Bolsa de Nueva York cayó un 3,14% nada más saltar la noticia. El indómito míster escocés ha dejado huella. «Gracias por todo jefe», le despidió Ronaldo



PIÓ GARCÍA

No hay quien entienda a Alexander Champman Ferguson (Glasgow, 1941). Literalmente. Cuando habla, mastica las palabras, las retuerce casi con desprecio y luego las escupe. Conserva afanosamente un acento escocés salvaje y seco como un acantilado, mira a los ojos con franqueza y no se arredra ante nadie. Sir Alex Ferguson, que ha entrenado al Manchester United durante 26 temporadas y ha conseguido 13 ligas, 2 Copas de Europa, 1 Recopa, 2 intercontinentales y mil trofeos menores más, ha dicho basta. Ya no quiere seguir siendo entrenador de fútbol. Tiene 71 años de edad, un marcapasos en el corazón y pronto pasará por el quirófano para operarse la cadera. «Es el momento justo», dice. Nada más anunciarlo, la cotización de su equipo en la bolsa de Nueva York cayó el 3,14%. Los periódicos de todo el mundo abrieron sus ediciones digitales con la renuncia de sir Alex y la red se llenó de comentarios entre elogiosos, sorprendidos y fúnebres. Un formidable estruendo para un tipo al que sus propios jugadores acusan de hacerse un lío con las tácticas: «Como entrenador, hay mil mejores que él. Entrenar no es su fuerte. Pero, ¿manejando a la gente? Ahí no le supera nadie», resume el portero internacional danés Peter Schmeichel, guardameta del United durante ocho temporadas.

¿Cuál es el misterio de este escocés sanguíneo y retador? ¿Cómo se explica su insólita longevidad en los banquillos y la enorme huella que deja en el fútbol y en la sociedad británica? Parte de la respuesta se esconde en sus orígenes. A los 17 años, Alex era un joven y levantisco operario de los astilleros Clyde, en Govan, un suburbio cieniente de Glasgow. Había heredado el oficio y las inquietudes sindicalistas de su padre. Pronto hizo carrera en el fútbol e incluso llegó a montar un pub (el 'Fergie'), pero aquellos tiempos duros moldearon un carácter ferruginoso y un genio de mil demonios. Ahora es famoso, multimillonario e incluso noble y podría sin problemas vestirse de marcas exclusivas, conducir coches deportivos, tontear con jovencitas y pasar las

vacaciones en carísimas islas tropicales. Pero no quiere. «Yo nunca olvido mis raíces y mis creencias son las mismas que cuando era un crío», clamó un día en las páginas del 'Daily Mirror'. Por eso se ha convertido en uno de los mayores donantes del Partido Laborista, en cuyos mítines participa, y por eso conserva a sus amigos de la guardería, con quienes queda para ir a cenar de vez en cuando, montando ruidosas y chispeantes reuniones que suelen acabar a gritos en algún karaoke del vecindario. «Me siento muy orgulloso de que, independientemente de cómo nos haya ido la vida, sigamos siendo los mismos tipos con las mismas ideas», dice.

Sir Alex Ferguson se va. Deja un legado imposible de encerrar en números y difícil de resumir en palabras. «Gracias por todo jefe», le despide Cristiano Ronaldo, el chaval al que cogió con 17 años para convertirlo en estrella mundial. «Ha sido sin duda uno de los grandes», le elogia Sepp Blatter, presidente de la FIFA. «No volveremos a ver a nadie igual», asegura el excentrocampista internacional inglés Paul Ince. Uno de sus exjugadores, Steve Bruce, hoy técnico del Hull City, apunta un rasgo esencial del temperamento de sir Alex: «Trataba al jardinero como a su delantero centro. Su humildad le ha hecho conseguir tantas cosas». Y zanja David Beckham: «No

creo que haya habido nadie comparable en la historia del fútbol. Fue como un padre para mí». En su despedida, Beckham, icono del viejo Manchester triunfante, que hoy apura sus últimos días como futbolista en el Paris Saint Germain, ha preferido quedarse con la imagen más agradable de su mentor, pero podría contar muchas otras cosas, algunas terribles, sobre el endemoniado carácter de Ferguson.

«Un bastardo aterrador»

Sir Alex casi había amamantado al joven Beckham, al que reclutó para el United cuando el prometedo centrocampista apenas tenía 11 años. Se burlaba de su acento (le solía llamar «chulo londinense»), pero le dedicaba tantos y tan cariñosos desvelos como a sus propios hijos. Hasta que David empezó a salir con Victoria, la 'spice girl' pija. Los troteos de su estrella con la explosiva cantante no le gustaron un pelo al técnico escocés, que cargó contra él: «Casarse y meterse en el mundo del espectáculo es un problema -vaticinó-; su vida jamás será la misma. El fútbol pasará a ser una parte muy pequeña». En el año 2003, las discusiones entre sir Alex y David Beckham subieron varios grados: un día, el centrocampista apareció después de un entrenamiento con una aparatosa brecha sobre la ceja derecha. Ferguson le había lanzado con furia una bota en el vestuario. «Fue algo fortuito -se excusó-. Si lo llego a intentar mil veces más, no me sale ninguna».

No era, en cualquier caso, la primera vez que al entrenador escocés se le iba la mano. Cuando sir Alex se enfadaba, todo corría peligro: si pillaba a mano una bota, la lanzaba; si estaba bebiendo té en una tacita, la estampaba contra el suelo o se la arrojaba a un jugador. En una ocasión, según reveló 'The Guardian', Ferguson estaba soltando una bronca monumental a sus pupilos. Irritado con el mundo entero, pegó una furiosa patada al cesto de la ropa sucia y unos calzoncillos sudados fueron a parar al rostro de un jugador, cuyo nombre no llegó a trascender. El tipo, aterrado, se quedó con ellos pegados en la cara, sin atreverse a quitárselos, mientras Ferguson acababa su terrible filípica. Cuando se cansó de saltar impropios, el en-

trenador escocés reparó en la ridícula pinta de su futbolista:

«Y tú... ¿Quieres quitarte esos putos calzoncillos de la cabeza? ¿A qué demonios estás jugando, chaval?»

El interpelado tragó saliva, se quitó la ropa interior de un manotazo y calló.

Esa fama horrible le persigue desde que se sentó en su primer banquillo, el del modesto East Sterlingshire, de la tercera división escocesa. Muchos años después, Bobby McCulley, estrella de aquel equipo, aún lo recordaba con angustia: «Antes jamás había tenido miedo de nadie, pero... desde el principio él se comportó como un bastardo aterrador. Si no conseguía lo que quería, se volvía feroz y daba codazos y patadas a diestro y siniestro».

La «técnica de motivación» más conocida y comentada de sir Alex es la que alguien bautizó como «el secador de pelo». Aunque hay varias versiones sobre la autoría de la frase, parece que el nombre se lo inventó Mark Hughes, un viejo ariete del Manchester y del Barcelona, que lo sufrió en algunas ocasiones. Cuando un jugador lo hacía mal o desobedecía sus órdenes tácticas, Ferguson lo llamaba nada más acabar el partido. Delante de todos, en el vestuario, pegaba su nariz a la nariz de su víctima, lo miraba fijamente, con los ojos inyectados en sangre, y le soltaba una bronca monumental, aderezada con gritos, insultos, manoteos y algún que otro salvazo. «Tenía dos caras -puntualiza su exjugador Viv Anderson-. Es cierto que a veces volaban cosas en el vestuario, pero también podía ser encantador». A Gerard Piqué, que llegó al United en edad juvenil, le tocó vivir el rostro amable de la fiera: «Para mí fue un segundo padre. No solo me ayudó en lo futbolístico, sino que hasta se preocupó de buscarme casa».

Lo cierto, en la hora de su despedida, es que sir Alex Ferguson cogió hace 27 años un equipo desprestigiado y lleno de futbolistas aburridos y borrachos y lo devolvió a la élite mundial. Costará ver el banquillo de Old Trafford sin su habitual inquilino: «Para mí era como la hierba del campo», resume poéticamente Roberto Mancini, entrenador del equipo rival de la ciudad, el Manchester City.

LOS SUCESORES

Moyes cautiva más que Mourinho



José Mourinho charla con Alex Ferguson. :: AFP

El legado de sir Alex Ferguson busca sucesor. No es fácil ocupar un banquillo en el que un personaje tan rotundo se ha sentado durante 26 años. Los periódicos británicos han abierto pronto la puja por elegir al mejor sustituto del entrenador escocés. Entre la baraja de candidatos, hay algunos nombres muy conocidos por el aficionado español: desde José Mourinho, cuyas andanzas en el Real Madrid parecen estar a punto de acabar abruptamente, a Rafa Benítez, con gran cartel en Inglaterra y que dejará el Chelsea al finalizar la temporada. Mourinho, que, al contrario que Benítez, parece mantener una

buena relación personal con Ferguson, todavía posee un año de contrato con el Real Madrid y (al menos en teoría) debería indemnizar al club español si rompiera su palabra. Los tiros, en realidad, parecen ir por otro lado. Según refiere el diario 'The Guardian', David Moyes, entrenador del Everton, de 50 años, es el principal candidato para recoger la corona que deja vacante sir Alex. También escocés, Moyes (Bearsden, Glasgow, 1963), muy respetado en el Reino Unido, ha demostrado que sabe aguantar tiempo sentado en un banquillo: lleva once años dirigiendo al segundo equipo de Liverpool.